

Comprender a Marshall McLuhan

Eduardo Marisca
<http://www.mutaciones.pe>

v1.0



Comprender a Marshall McLuhan by [Eduardo Marisca](#) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported License](#).

Contenido

Comprender a McLuhan	3
El medio es el mensaje	6
El medio es el mensaje, 2	10
El medio es el mensaje, 3	15
Mecanicismo y automatización	19
Hibridación mediática	24
Arte e inmunización	28
La aldea global	33
El desafío cultural	39
Bibliografía	45
Changelog	46

Comprender a McLuhan

Marshall McLuhan es un autor sobre el cual vuelvo continuamente, encontrando siempre algo nuevo. Es, también, un autor sobre el cual no se ha escrito lo suficiente, menos aún en español, y cuyas ideas aún distan mucho de haber sido suficientemente exploradas. Éste es un intento por aproximarse a McLuhan de una manera un poco más sistemática, revisando algunas de sus ideas en torno a los medios de comunicación, la tecnología y la influencia que ambos tienen en la cultura y en la sociedad, sobre todo a partir de su obra más importante, *Comprender los medios de comunicación (Understanding Media)*.

En marzo del 2010 empecé a publicar en mi blog una serie de artículos para explorar más a profundidad algunos de los conceptos centrales que introduce McLuhan en este libro. En este documento he compilado estos artículos y he intentado pulir un poco el texto, mejorando las referencias y el contenido de modo que sea un texto introductorio mucho más útil. He mejorado además el formato, la presentación y el lenguaje para que sea también un texto más

accesible.

McLuhan es un autor que, me parece, ha sido sumamente malinterpretado. Sus sentencias dramáticas como “el medio es el mensaje” se suelen tomar en un nivel de interpretación un tanto superficial, como una justificación maquiavélica de la retórica, sin que se desempaque el trasfondo conceptual mucho más complejo y la serie de conexiones y relaciones que lo hacen mucho más interesante.

Esto se debe a que al mismo tiempo McLuhan fue algo así como un visionario, y por lo mismo, sus textos son sumamente complicados de poner en su contexto e ir desarmando. McLuhan es un autor sumamente oscuro, lleno de metáforas y alegorías que aunque decoran el texto, muchas veces complican enormemente su comprensión. Y sin embargo, si lo vamos tomando por partes, encontramos un aparato teórico sumamente sugerente (aunque no desprovisto de fallas) y útil para el estudio de los medios de comunicación y su impacto sobre nuestra percepción del mundo, que termina siendo incluso más relevante hoy que cuando fue escrito originalmente.

En estas exploraciones espero escribir un poco sobre algunas ideas centrales del mismo McLuhan, pero también incluyendo algunas extensiones de sus mismas ideas que he ido encontrando. Quiero revisar ideas generales y sumamente ambiguas como la de que “el medio es el mensaje”, conceptos sumamente oscuros como el de “hibridación” (y su relación con otros conceptos post-mcluhanianos como la idea de “convergencia”), el papel del arte y del artista en la cultura, destribalización y retribalización, etc. Mi esperanza es que este ejercicio turístico sirva al neófito mcluhaniano a introducirse en la densidad de sus conceptos desde una perspectiva mejor formada que las que suelen circular sobre la obra del canadiense.

Este ejercicio pretende ser un trabajo en progreso. Lo publico libremente con la intención de que nuevas personas puedan introducirse a la lectura y la discusión de los temas que abre McLuhan, y como un ejercicio personal de interpretación que espero ir actualizando. Al final del documento he agregado

un registro de cambios para detallar la manera como este documento va evolucionando conforme recibo comentarios y encuentro nuevas ideas, y espero también ir haciendo ampliaciones y actualizaciones conforme encuentro nuevos textos y referencias que amplíen estas ideas. Cualquier pregunta, duda o sugerencia es más que bienvenida.

El medio es el mensaje

Quizás el mejor punto de partida para revisar algunas ideas interesantes en la obra de Marshall McLuhan sea su sentencia más famosa y más discutida:

En una cultura como la nuestra, con una larga tradición de fraccionar y dividir para controlar, puede ser un choque que le recuerden a uno que, operativa y prácticamente, el medio es el mensaje. (McLuhan, 2009, p. 31)

Se trata de las primeras líneas de *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*. Como casi todo el libro, esta sentencia y todo su trasfondo son sumamente oscuros y se prestan a una multiplicidad de interpretaciones, pues el lenguaje de McLuhan es ambiguo y confuso, cargado estéticamente y exento de la normatividad textual que uno esperaría (rara vez McLuhan indica la referencia exacta de las fuentes que utiliza, y su estilo prefiere el impacto al análisis). La archiconocida sentencia que reza que “el medio es el mensaje” no es diferente: la interpretación que se le ha

dado ha llevado, además, a circunscribir el carácter de toda la obra de McLuhan dentro de parámetros que lo acercan más a su faceta de marketero-casi-vendedor-de-serpientes que a sus dimensiones más bien filosóficas.

Esto es porque la idea de que el medio es el mensaje puede, gruesamente, tomarse de dos maneras: una superficial y automática, y otra más bien complicada y exigente. La primera es la interpretación que toma la noción del medio como mensaje como una simple apología de la retórica en su forma más chata: decir que el medio es el mensaje es decir que no importa, realmente, qué es lo que uno esté diciendo, sino que lo que importa es cómo uno lo diga. El contenido no tiene valor, sino que lo que importa es la forma en la cual se expresa un mensaje. McLuhan queda, bajo esta interpretación, como un apologeta del lado más oscuro de la publicidad: aquel que no se preocupa por lo que vende, ni por sus consecuencias, sino tan sólo por construir un mensaje que genere el impacto deseado y modifique la conducta de los consumidores para cumplir con sus objetivos. Bajo esta interpretación (a mi juicio, incorrecta, y por lo demás aburrida), “el medio es el mensaje” es una sentencia que puede acompañar a otras grandes sentencias del calibre de “el fin justifica los medios”.

Pero me parece que hay una manera más interesante de interpretar esta misma idea. Si McLuhan simplemente reivindicara la forma dejando de lado el contenido, estaría nada más invirtiendo el modelo que busca cuestionar y criticar. La formulación de McLuhan confunde aún más porque en su esfuerzo por comunicar su interés por la forma, termina haciendo parecer que el contenido no cumple ningún propósito ni representa nada interesante. Pero me parece que el objetivo de esta reducción es en el fondo llamar la atención sobre un prejuicio occidental de larga data: el prejuicio de la materia sobre la forma, y de la forma como nada más que un vehículo intercambiable para la circulación del contenido. El punto de McLuhan es que el prejuicio occidental por las ideas y los contenidos mentales ha llevado a la incapacidad para tomar en consideración la manera específica en la cual los medios que utilizamos para comunicarnos ejercen una influencia determinante sobre

aquello que comunicamos: la forma no solamente transporta el contenido, sino que al hacerlo inevitablemente lo transforma de maneras que no son plenamente obvias. No nos son obvias por dos razones: primero, porque nunca nos hemos detenido a pensar en eso. Segundo, porque pensar en eso implica usar los mismos medios, con lo cual la herramienta no puede servirnos para darnos una imagen plena de sí misma.

Aún en las primeras líneas, McLuhan precisa aún más el sentido de lo que está buscando resaltar:

Esto significa simplemente que las consecuencias individuales y sociales de cualquier medio, es decir, de cualquiera de nuestras extensiones, resultan de la nueva escala que introduce en nuestros asuntos cualquier extensión o tecnología nueva. (McLuhan, 2009, p. 31)

El quiebre que McLuhan está buscando es multidimensional y no se limita solamente a invertir la preponderancia del contenido sobre la forma. O, mejor dicho, una vez que se pone en cuestión esa preponderancia, todo tipo de nuevas consecuencias empiezan a salir a la luz. De esta precisión se desprenden dos consecuencias importantes que irán cobrando forma. La primera es la idea de que el significado de un medio, o el *mensaje* específico que uno debe buscar en cualquier medio de comunicación, no debe entenderse en términos lineales respecto a su capacidad para amplificar un mismo contenido a un mayor alcance. Es decir, la diferencia entre los periódicos y la radio, o entre la radio y la televisión, no es solamente que el nuevo medio transmite más información y la lleva más lejos. El mensaje de un medio radica en la diferente experiencia sensorial que cada medio ejerce sobre el usuario: la televisión implica una experiencia fenomenológicamente diferente a la de la radio, en la que diferentes sentidos y facultades cognitivas se involucran de diferente manera.

Esta íntima relación con los sentidos, a su vez, nos dice dos cosas: la primera es que en el universo mcluhaniano, la dimensión sensorial y corporal tienen un significado fundamental (de nuevo marcando un quiebre con un

intelectualismo que sólo otorga valor al contenido mental). La segunda es que, porque la configuración de nuestra propia percepción sensorial está en juego, diferentes experiencias mediáticas no son solamente diferentes maneras de comunicar una misma realidad: en la medida en que reconfiguran nuestros sentidos, reconfiguran la manera misma como percibimos la realidad (y en esto bien puede recordarnos al buen Wittgenstein diciendo que “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”).

La segunda consecuencia que se desprende a esta altura es que McLuhan pone en el mismo plano la idea de medios de comunicación, la idea de extensiones de nuestros sentidos, y la idea de nuevas tecnologías. Empezamos a ver que McLuhan entiende la tecnología de una manera fundamentalmente diferente, a partir de su relación con nuestra vida sensible y con la manera como configuramos nuestras lecturas de la realidad misma. El sentido de lo tecnológico en McLuhan es algo que amerita, sin embargo, un poco más de elaboración.

El medio es el mensaje, 2

Desde muy temprano en *Comprender los medios de comunicación*, McLuhan establece una relación muy cercana, por no decir una identidad, entre medios de comunicación, extensiones de los sentidos y nuevas tecnologías. Más aún, el catálogo de “medios” que McLuhan analiza a lo largo del libro dista mucho de limitarse a lo que, estrictamente, consideraríamos como “medios e comunicación”: encontramos todo tipo de invenciones y de tecnologías, como la ropa, la vivienda, el dinero, los relojes, entre muchos otros. En la comprensión de los medios McLuhan está incorporando toda forma tecnológica que ejerza transformaciones sobre la manera en la que se llevan los asuntos humanos – no solamente aquellas que, estrictamente, nos brinden la posibilidad de comunicarnos. El aspecto de la tecnología que será determinante para McLuhan será la capacidad para afectar la relación que existe con nuestros sentidos:

No obstante, lo que estamos considerando aquí son las consecuencias mentales y sociales de los diseño o esquemas en cuanto amplifiquen o

aceleren los procesos existentes. Porque el “mensaje” de cualquier medio o tecnología es el cambio de escala, ritmo o patrones que introduce en los asuntos humanos. El ferrocarril no introdujo en la sociedad humana el movimiento ni el transporte, ni la rueda, ni las carreteras, sino que aceleró y amplió la escala de las anteriores funciones humanas, creando tipos de ciudades, trabajo y ocio totalmente nuevos. Ello ocurrió tanto si el ferrocarril circulaba en un entorno tropical o septentrional, y es un hecho totalmente independiente de la mercancía o contenido del medio ferroviario. Por otro lado, el avión, al acelerar la velocidad del transporte, tiende a disolver la forma ferroviaria de las ciudades, de la política y de las asociaciones, independientemente del uso a que se destine el avión. (McLuhan, 2009, p. 32)

A partir de esto quiero desprender tres ideas. La primera es la relación entre cambio cuantitativo y cambio cualitativo. A pesar de que el tren frente a la rueda, o el avión frente al tren, amplifican la posibilidad del transporte en una misma dirección aparentemente lineal (puedo llegar más lejos, más rápido), el punto de McLuhan es que este cambio cuantitativo comporta una transformación cualitativa de la experiencia de usar el medio, como del entorno en el cual la experiencia se introduce. En torno a los aviones nos organizamos de manera diferente, socialmente, que en torno a los trenes, de la misma manera que en torno a los trenes nos organizamos de manera diferente que en torno a los automóviles, y así sucesivamente. Esto será importante porque nos llevará, luego (cuando tomemos por ejemplo la idea de “hibridación”) a dejar de lado una idea simple y acumulativa del cambio mediático y del cambio tecnológico para buscar, más bien, una figura caóticamente estructurada (parecida en mucho a la manera como Thomas Kuhn consideraba la estructura de las revoluciones científicas).

La segunda idea es lo que la tecnología *significa* para McLuhan. Porque la tecnología significa *algo*, de la misma manera que el medio es el mensaje: la tecnología no es solamente una herramienta que utilizamos para exteriorizar

nuestra voluntad (“la tecnología como herramienta” digamos), sino que diferentes tecnologías reconfiguran nuestra voluntad, y reconfiguran lo que podemos querer y la manera en la que lo queremos. Hacen esto porque modifican nuestra relación misma con la realidad: no es solamente que *usamos* la tecnología, sino que nos *extendemos* a través de ella y reconfiguramos el ámbito de lo posible, y esta reconfiguración se da a través de la reconfiguración de nuestros sentidos. Ahora, por lo mismo que acabo de mencionar en el punto anterior, éste no es un movimiento lineal y acumulativo – no quiere decir que conforme vayamos desarrollando tecnologías, nos convirtamos en individuos cada vez más perfeccionados. El cambio tecnológico -y sobre este punto también quiero volver más adelante- se compone de una doble dinámica de amputación y de extensión. Todo cambio extiende nuestras posibilidades de hacer ciertas cosas, pero a cambio de perder la posibilidad de hacer ciertas otras. El cambio tecnológico no es, entonces, un proceso que nos lleve siempre y necesariamente en una dirección mejor – de hecho, esto ni siquiera podemos evaluarlo con certeza. Lo más que podemos decir, con mediana certeza, es que el cambio tecnológico nos lleva en una dirección *diferente*.

Por poner un ejemplo cotidiano para ilustrar la diferencia entre usar tecnología y extendernos a través de ella: piensen en la sensación que los invade cuando salen de casa apurados, y después de un rato, cuando probablemente ya no pueden volver, se dan cuenta de que olvidaron el celular. No es solamente que hemos dejado el aparato, sino que nos hemos quedado sin lo que efectivamente es una parte de nosotros, algo en lo que *estamos* más que solamente algo que usamos.

La tercera idea, y quizás la más problemática, es la del determinismo tecnológico en McLuhan. Esta idea, a su vez, se desprende de la anterior: si el medio reconfigura nuestro sentido de la posibilidad, el medio, la tecnología, entonces estructura la manera como nos relacionamos con la realidad. Si cambia el medio, por extensión cambia el mensaje del medio (sus consecuencias psíquicas y sociales), y por extensión cambia nuestra relación

con la realidad toda. McLuhan es en gran medida un determinista tecnológico: el cambio tecnológico antecede, configura y determina el patrón social en el entorno en el que aparece. De allí, por ejemplo, que sea la imprenta la “arquitecta del nacionalismo”. Nos vemos sometidos a las amputaciones y extensiones que el cambio tecnológico ejerce a nuestro alrededor, porque las nuevas tecnologías introducen una nueva estructuración de la realidad (aunque de la misma manera, podemos reestructurar una realidad introduciendo una nueva tecnología).

La forma que adopta aquí la idea mcluhaniana de la tecnología es muy parecida a la concepción de la tecnología que podemos encontrar en Karl Marx. Para Marx, la tecnología que mueve el aparato productivo estructura las relaciones sociales de producción que se construyen en torno a ella. Cuando la tecnología se ve modificada, deberían darse en consecuencia modificaciones en las relaciones sociales de producción, que a su vez determinarían transformaciones en el plano de la “superestructura ideológica” (todo aquello en lo que creemos, política, religión, filosofía, moral, leyes, costumbres, etc.). Marx derivaba de la promesa de la tecnología industrial (una tecnología que ofrecía la posibilidad de reducir el trabajo mecánico del hombre) la necesidad de la revolución: si tenemos esta nueva tecnología que cambia nuestra forma de producir, es un movimiento necesario que la manera como nos organizamos para producir se modifique a su vez. Tanto McLuhan como Marx son, en este sentido, deterministas tecnológicos. La diferencia radica en que McLuhan no veía en el cambio tecnológico un proceso progresivo lineal, como sí lo ve Marx: Marx cree que la tecnología mejora y nos lleva hacia un lugar mejor (p.ej. la revolución comunista). McLuhan, en cambio, por el hecho de que el cambio mediático resulta en la introducción de nuevas formas de relacionarnos con la realidad, nos indicaría más bien que el cambio tecnológico sólo puede llevarnos hacia un lugar diferente al que estamos ahora, pero no necesariamente mejor (o peor). En todo caso, un lugar necesariamente mejor en algunos sentidos, y peor en otros, pues toda nueva forma tecnológica implica amputaciones y extensiones.

Pero el determinismo tecnológico de McLuhan no es ni típico, ni absoluto. McLuhan sí cree que tenemos una opción, que podemos tomar decisiones autónomas frente al cambio impuesto por la tecnología. De hecho, sobre rescatar esa posibilidad descansa mucho del sentido de su obra: McLuhan veía la manera como la imprenta había arrasado al mundo medieval como una enorme pérdida que se habría podido evitar, si los monjes medievales hubieran sabido leer el nuevo medio en lugar de encerrarse en los monasterios. De manera análoga, veía en la época de la tecnología electrónica un desafío similar al cual, sin embargo, tenemos la posibilidad de resistirnos para asegurarnos de que canalizamos toda esa energía de la mejor manera posible.

El determinismo tecnológico mcluhaniano es persuasivo, pero no alcanza a ser completamente explicativo y sí termina resultando sumamente problemático. Siguiendo el ejemplo de la imprenta, que él mismo utiliza mucho, bajo el determinismo tecnológico de McLuhan la imprenta habría debido ejercer los mismos efectos más o menos de la misma manera, independientemente del contexto o lugar en el que se introdujera. Pero esto, históricamente, no es cierto: la imprenta cobró significados sumamente diferentes al aparecer en sociedades católicas o en sociedades protestantes, en sociedades liberales o en sociedades conservadoras, y así sucesivamente. Con lo cual debe haber otros elementos que participan de la configuración del significado de una tecnología en un contexto dado. Por utilizar otro ejemplo más actual: significa algo muy diferente enviar un mensaje de texto por celular en una ciudad del primer mundo, en medio de los Andes o en un barrio marginal de Nueva Delhi. Otros conceptos en el aparato mcluhaniano, como por ejemplo el concepto de hibridación (de la mano de conceptos posteriores como el de convergencia mediática, o de narrativas transmediáticas), nos brindarán mejores herramientas para entender la manera en la que se configuran estos significados.

El medio es el mensaje, 3

Para cerrar esta parte, quiero introducir dos conceptos que, aunque no están en McLuhan, me parece ayudan a esclarecer sus ideas (e incluso formas embrionarias pueden encontrarse mencionadas por el mismo Marshall). Pero me parece que son dos conceptos útiles e importantes de resaltar porque facilitan el entendimiento de muchas de sus otras ideas. Se trata de los conceptos de *soporte* y de *gramática*, que me parece pueden extrapolarse a partir de un pasaje un tanto ambiguo:

El cardenal Newman dijo de Napoleón: “Comprendía la gramática de la pólvora”. Napoleón dedicó parte de su atención a otros medios de comunicación, como el telégrafo por semáforos, que le confería una gran ventaja sobre sus enemigos. Se le atribuye la frase: “Más terribles son tres periódicos hostiles que mil bayonetas”.

Alexis de Tocqueville fue el primero en dominar la gramática de la imprenta y de la tipografía. Así pudo hacer una lectura del mensaje de

los cambios que se avecinaban en Francia y América del Norte como si leyera en voz alta un texto que se le hubiese entregado. De hecho, si la Francia y los Estados Unidos del siglo XIX pudieron ser un libro abierto para Tocqueville, fue porque había estudiado la gramática de la imprenta. Aunque también sabía cuándo ésta no procedía. (McLuhan, 2009, pp. 37-38)

Hay, entonces, algo que McLuhan considera que tanto Napoleón como Alexis de Tocqueville entendieron que sus contemporáneos no, o al menos que no lo entendieron tan bien. Algo que no es estrictamente el uso del medio, es decir, a ninguno de los dos les importaba realmente cómo se disponen los tipos en una imprenta para reproducir textos en gran volumen. Lo que McLuhan describe que entendieron es, más bien, aquello precisamente a lo que apunta cuando dice que el medio es el mensaje: entendieron las consecuencias, los efectos de los medios que estaban siendo utilizados, y por ello mismo, los cambios que estaban por ejercer en las sociedades donde estaban siendo introducidos. Por ser capaces de adelantarse a estas transformaciones, fueron entonces también capaces de explotarlas o entenderlas mejor.

Esto es lo que considero útil entender como la *gramática* de un medio, que suele confundirse con el *soporte* de un medio. El **soporte** nos remite al medio en su dimensión física – aunque “físico”, a estas alturas, ya no lo describe por completo. Es el aparato, el transmisor, la imprenta misma, el teléfono mismo, la computadora, o lo que fuera. Es el “algo” que hace posible la comunicación, aquello que es utilizado y que suele confundirse como aquello que agota lo que un medio es. Pensar en la televisión, por ejemplo, como el conjunto del estudio, la cámara, la consola, el transmisor, el receptor, y la pantalla, un simple circuito de distribución de contenidos.

Hablar de una **gramática** que se construye en torno a ese soporte, en cambio, nos habla de los efectos sociales que tiene el uso de tal soporte, así como de las construcciones sociales que utilizamos para normar su uso. Esto

es lo que es el mensaje de un medio: los patrones culturales, las nuevas costumbres que se introducen en un contexto a partir de su uso, que no se encuentran plenamente bajo el control de ningún individuo o usuario, pero cuyo conocimiento y manejo determinan lo que podríamos considerar la competencia en el uso de un medio o una tecnología.

Por ilustrarlo con un ejemplo más o menos cotidiano, podemos pensar en el manejo de un automóvil. Salvando algunas diferencias obvias (p.ej., timón a la derecha o timón a la izquierda), un auto se maneja más o menos igual en todas partes. Pero esto que se maneja igual es simplemente el uso del soporte. Incluso podemos ir un poco más lejos y decir que en casi todas partes, el semáforo puede significar lo mismo. Sin embargo, la gramática de manejar un auto varía significativamente en diferentes lugares. Diferentes ciudades tienen diferentes patrones de tráfico, y la necesidad de diferentes normas. Más aún, no es lo mismo manejar un auto por las calles de Lima que por las de Beijing o Londres: los patrones de tráfico a los que un conductor se acostumbra varían significativamente incluso entre realidades muy cercanas entre sí. El entramado social que construimos en torno al uso de un mismo soporte no es el mismo en todos los contextos.

En su libro *Convergence Culture*, Henry Jenkins utiliza una categorización similar inspirado en Lisa Gitelman, que me llevó a asociarlo con estas categorías tácitas en McLuhan. Jenkins señala:

Para definir a los medios, vayamos a la historiadora Lisa Gitelman, quien ofrece un modelo que funciona en dos niveles: en el primero, un medio es una tecnología que permite la comunicación; en el segundo, un medio es un conjunto de “protocolos” asociados o prácticas culturales y sociales que han crecido junto a esa tecnología. Los sistemas de distribución son simple y llanamente tecnologías; los medios son también sistemas culturales. Las tecnologías de distribución [*delivery technologies*] van y vienen todo el tiempo, pero los medios persisten como capas dentro de aún más complicados estratos de información y

entretenimiento. (Jenkins, 2006, pp. 13-14. Traducción mía)

Me parece que estas categorías son útiles por lo siguiente: primero, apuntan a que la comprensión de un medio de comunicación o de una tecnología pasa no solamente por saber cómo se usa, el conocimiento estrictamente técnico, sino también por el entendimiento de la manera como un medio ejerce efectos y transformaciones sobre la sociedad. Al menos, por el conocimiento de la normativa social que una comunidad dada puede construir en torno a una tecnología. Pero un medio no puede nunca reducirse plenamente ni a lo uno ni a lo otro: aunque distinguir estos dos aspectos es analíticamente útil, son dimensiones indisociables de una misma realidad social.

Segundo, y aquí hay una dimensión que exploraré más en detalle más adelante, porque la idea de hablar de una “gramática” (o de un “protocolo”) ilustra enormemente lo que ocurre cuando aprendemos a utilizar un medio o una tecnología y todo lo que ello implica, así como las diferentes interacciones que ocurren en la relación entre diferentes medios: no es solamente la interacción entre diferentes soportes, sino también entre diferentes gramáticas, diferentes maneras de relacionarse con el mundo. De modo que estas interacciones, en estos términos, pueden describirse en una complejidad más comprehensiva que entendiéndolas solamente como una acumulación lineal de nuevas tecnologías.

Mecanicismo y automatización

El cambio en la comprensión de los medios y las tecnologías que McLuhan está buscando en *Comprender los medios de comunicación* es al mismo tiempo el cambio entre dos principios que orientan esta comprensión. McLuhan considera que se debe abandonar una idea mecanicista y lineal del progreso tecnológico y del cambio porque esta idea lineal ignora las transformaciones cualitativas que implica cada nuevo desarrollo tecnológico. En cambio, ve en el medio de la energía eléctrica y el desarrollo de la electrónica la introducción del nuevo principio de la automatización y de la configuración orgánica o sistemática de los elementos. De una manera sumamente confusa y oscura, McLuhan contrasta los efectos de ambos principios:

Así, por ejemplo, con la automatización, es cierto que los nuevos esquemas de asociación humana tienden a eliminar puestos de trabajo. Ése es el resultado negativo. El lado positivo es que la automatización crea funciones para la gente o, lo que es lo mismo, una intensificación

de su implicación en su trabajo y asociaciones humanas, que la precedente tecnología mecánica había destruido. Mucha gente estaría dispuesta a decir que el significado o mensaje no es la máquina sino lo que se hace con ella. Respecto a las maneras en que la máquina ha modificado las relaciones con los demás y con nosotros mismos, no importaba en absoluto que ésta produjera copos de maíz o Cadillacs. La reestructuración del trabajo humano asumió formas impuestas por la técnica de la fragmentación, esencia de la tecnología de la máquina. La esencia de la tecnología de la automatización es precisamente lo contrario. Es profundamente integral y anticentralista del mismo modo que la máquina era fragmentaria, centralista y superficial en su configuración de los esquemas de las relaciones humanas. (McLuhan, 2009, p. 31)

La manera como yo entiendo este pasaje es pensando, justamente, en la manera como la tecnología de la automatización transforma las fábricas y las líneas de producción propias de la revolución industrial, sea la de Adam Smith o la de Henry Ford. Podemos pensarlo, a su vez, en la manera como Charlie Chaplin lo ilustra en su película, *Tiempos modernos*: por un tema de maximizar la eficiencia, la labor de producción es fragmentada en tareas minúsculas para que una misma persona pueda producir más en menos tiempo en su función específica, de modo que el conjunto de la línea de producción se vuelve a su vez más eficiente. La línea de producción funciona en la medida en que cada uno de sus componentes mecánicos, como engranajes en una máquina, funcione sin presentar problemas.

La crítica que está haciendo McLuhan en este sentido suena tremendamente a la crítica que podemos encontrar en los *Manuscritos de economía y filosofía*¹ de Karl Marx. En ellos, Marx denuncia la manera como el sistema de producción industrial, por estructurar el trabajo de esta manera, resulta en la enajenación del trabajador respecto a la actividad del trabajo. El trabajo

¹ Hay una versión electrónica en español libremente disponible de este texto, en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/index.htm>

repetitivo dentro de la línea de producción termina por volverse aburrido, poco inspirador, deshumanizante. De manera similar a McLuhan, Marx también consideraba que el progreso tecnológico brindaría una salida a esta enajenación: en la medida en que la máquina pudiera asumir más de las funciones del proletario, los trabajadores podrían ser más libres de dedicarse a actividades más gratificantes personalmente – esto, claro, siempre y cuando medie la revolución comunista para brindarles esa posibilidad.

McLuhan más bien se enfoca en la manera como la introducción de la automatización reestructura la economía y rearticula las necesidades de una fuerza laboral: deja de ser necesario, como señalaba Adam Smith en *La riqueza de las naciones*², que un mismo individuo dedique todo su día a producir clavos pues una máquina puede hacerlo más eficientemente. McLuhan señala que el aspecto negativo de esto es que un productor se queda sin trabajo; pero el aspecto positivo es que la fuerza laboral puede reorientarse hacia actividades más interesantes y más gratificantes, en las que puedan verse más involucrados. En lugar de una línea de producción de Ford Ts como la de Henry Ford, tenemos una fábrica de Toyota en la que los individuos adoptan roles más complejos, para solucionar los problemas que las máquinas no pueden.

En cierta manera McLuhan está describiendo la manera como las organizaciones de la era industrial, frente a los cambios tecnológicos, se ven en la necesidad de readaptarse a una economía del conocimiento, y la manera como ello implica redimensionar nuestro entendimiento del trabajo y de la producción. A diferencia de la línea de producción mecánica, la automatización genera unidades orgánicas cuyo aprendizaje las retroalimenta – mientras que en la línea de producción las funciones aisladas no se transmiten beneficios entre sí, bajo la automatización los roles generan espacios para que diferentes áreas de la producción puedan beneficiarse de las demás. Más aún, el principio de la automatización busca dar cuenta de

² Una versión electrónica del texto en inglés de *The Wealth of Nations* está disponible en: http://www.ibiblio.org/ml/libri/s/SmithA_WealthNations_p.pdf

una manera más explicativa de cómo se dan los procesos de cambio, no sólo en los aparatos productivos y económicos, sino también entre diferentes formas mediáticas y tecnológicas. Una mejor comprensión del cambio, señala McLuhan, viene de abandonar el entendimiento del mecanicismo:

Economistas como Robert Theobald, W.W. Rostow y John Kenneth Galbraith han explicado durante años por qué la “economía clásica” era incapaz de explicar los cambios o el crecimiento. La paradoja de la mecanización es que, a pesar de que ésta sea, de por sí, la causa de los mayores crecimiento y cambio, su principio excluye la posibilidad misma de crecimiento o de comprensión de los cambios. La mecanización se logra con la fragmentación de un proceso cualquiera y la disposición en serie de los fragmentos así obtenidos. No obstante, tal y como lo demostró David Hume en el siglo XVIII, no hay principio de causalidad en la mera secuencia. El hecho de que una cosa siga a otra no explica nada. Nada sigue al seguir, excepto el cambio. El cambio de sentido más importante se dio con la electricidad, que acabó con la secuencia haciendo que todo se vuelva instantáneo. Con la velocidad instantánea, las causas de las cosas empezaron a asomarse en la conciencia, como habían dejado de hacerlo cuando las cosas se disponían secuencialmente en la correspondiente concatenación. En lugar de la pregunta ¿qué hubo primero, el huevo o la gallina?, de repente, la gallina empieza a parecerse a una idea del huevo para tener más huevos. (McLuhan, 2009, pp. 35-36)

La idea de fondo radica en que la economía clásica no puede dar cuenta del cambio porque no puede incorporar en su análisis una transformación cualitativa que cambie su propio sentido (el de la economía clásica misma). El principio de la automatización es también un principio de organicidad: McLuhan está proponiendo un principio o un modelo para entender el cambio no como una secuencia lineal de acontecimientos, donde cada nuevo desarrollo es simplemente una amplificación de lo anterior (como lo describiría la economía clásica), sino más bien una figura donde cada nuevo

desarrollo nos lleva en una dimensión imprevisiblemente diferente. Esto hemos tenido oportunidad de verlo antes, incluso cuando mencionamos que el cambio tecnológico, en los ojos de McLuhan, presenta similitudes significativas a la manera como Thomas Kuhn entiende la estructura de las revoluciones científicas. Mientras que la concepción clásica de los medios entiende cada nueva tecnología simplemente como una mejor forma de amplificación de contenidos mentales, McLuhan ve cada nuevo desarrollo como una transformación cualitativa de la manera como construimos, socialmente, significados. El resultado es que no siempre vamos en una dirección mejor, sino apenas en una dirección diferente, que presenta tanto amputaciones como extensiones.

Lo más interesante que quiero recoger aquí, y algo que retomaré más adelante, es que McLuhan está esbozando, aunque sea de manera sencilla, una teoría del cambio, una manera de dar cuenta de la manera como se puede entender que se dan cambios y transformaciones en nuestra sociedad. Esto será especialmente relevante, por ejemplo, para entender también la manera como McLuhan entiende el rol del artista en la construcción de una cultura mediática.

Hibridación mediática

El proceso por medio del cual nuevas medios y nuevas tecnologías se suceden unas a otras es descrito por McLuhan no solamente como no lineal, sino además como un proceso conflictivo. Al fin y al cabo, lo que entra en juego con la aparición de nuevas tecnologías no es solamente la entrada en escena de un nuevo soporte o un nuevo mecanismo para reproducir un mismo tipo de contenido, sino que en la medida en que todo medio comporta a su vez una gramática, es la aparición de una nueva relación con nuestros sentidos y con la realidad misma. De manera que la aparición de un nuevo medio se nos presenta como una nueva manera de ver el mundo que no necesariamente es compatible con la que manejamos.

Cualquier invento o tecnología es una extensión o autoamputación del cuerpo físico, y, como tal extensión, requiere además nuevas relaciones o equilibrios entre los demás órganos y extensiones del cuerpo. (...)

Para contemplar, utilizar o percibir cualquier extensión nuestra en su

forma tecnológica, primero hay que abrazarla. Escuchar la radio o leer una página impresa supone aceptar estas extensiones de nosotros en el sistema personal y experimentar la “cerrazón” o desplazamiento de la percepción que automáticamente les sigue. Es este abrazo continuo de nuestra propia tecnología en su empleo de cada día lo que nos pone en el papel de Narciso de conciencia subliminal y de entumecimiento hacia la imagen de nosotros mismos. (McLuhan, 2009, pp. 71-72)

Quiero partir de este pasaje del capítulo 4 de *Comprender los medios de comunicación* para ilustrar la relación conflictiva y ambivalente que tiene el efecto de los medios de comunicación.

Hay un aspecto que me parece aquí sumamente interesante: es el hecho de que en este pasaje McLuhan vuelve sobre la idea de que usar la tecnología no es únicamente usarla como uno usa una herramienta, como algo externo a uno. La tecnología es parte de uno, uno se instala en el ámbito de la tecnología que utiliza porque se instala en el uso de su gramática como quien habla un lenguaje. Es bajo esta perspectiva que la idea del trauma o el choque del cambio tecnológico adopta todo su sentido: cuando nos introducimos en el ámbito de una nueva gramática nos vemos obligados a traducir, a reinterpretar la realidad de manera apresurada y por ensayo y error para adquirir un mínimo de competencia en el uso de la nueva tecnología y de su nueva gramática. Al hacerlo, no podemos si no entender lo nuevo a partir de las categorías de lo viejo, lo cual nunca le hace justicia ni a lo uno ni a lo otro. Es de esta relación de donde surge la idea mcluhaniana de la energía híbrida o de la *hibridación mediática*, el proceso a través del cual un nuevo medio o una nueva tecnología adquieren su propio significado a partir de su relación conflictiva con las gramáticas anteriores.

De hecho, las interacciones entre medios no son sino otro nombre de esta “guerra civil” que hace estragos en nuestra sociedad y nuestra psique. Se ha dicho que “para los ciegos, todo es repentino”. Los cruces o híbridos de medios liberan grandes cantidades de fuerza y energía

nuevas, como ocurre en la fisión y la fusión. No cabe la ceguera ante estos temas una vez que se nos ha notificado que hay algo que observar. (McLuhan, 2009, p. 75)

Todos los medios son formas híbridas porque el significado y el efecto de todo medio solamente puede establecerse a partir de la manera como lo interpretamos desde los medios anteriores. Así, en su infancia toda forma mediática se ve limitada a reproducir los efectos de la generación anterior: la televisión, por ejemplo, durante mucho tiempo se estructuró en función a reproducir el ámbito de la radio pero agregando el sentido visual. La web se organizó durante mucho tiempo a partir de la lógica de la imprenta, del papel y de las librerías, y no como un medio con su propio sentido de organización y comunicación (así, durante mucho tiempo Yahoo funcionó como un directorio de links más que como un buscador, y no fue sino hasta la aparición de Google que empezamos a pensar que las cosas podían funcionar de otra manera). No es sino hasta después que el uso de cada medio consigue cierta independencia frente a las generaciones anteriores y empieza a adquirir sus propios usos específicos.

Esta cuestión es sumamente importante porque deja claro que toda interpretación mediática es, a su vez, mediática. Somos siempre seres introducidos en la realidad mediática de una u otra manera, y nuestro manejo gramatical, si se quiere, nos exige que manejemos de manera competente el uso de muchos medios (y de cada vez más). Pero esta misma competencia nos permite distinguir, al menos a grandes rasgos, cuando un medio es apropiado para un propósito, y cuando no. Es, por ejemplo, mal visto que uno termine una relación por chat, o por mensaje de texto. Esto porque hemos estructurado el significado de estos medios de maneras diferentes: unos son más personales, otros más rápidos, unos transmiten más, otros menos información, y así sucesivamente. Ninguno tiene intrínsecamente un uso o un valor específicos, sino que es a partir de la interacción entre diferentes gramáticas que podemos interpretar que unos sirven para ciertos propósitos, y otros para otros.

De lo cual resulta que no hay forma mediática pura, como no hay experiencia propiamente pura o que no se entienda siempre en el contexto de su propio medio y gramática. Y de lo cual resulta, también, que somos algo así como seres profundamente traumatados, porque nos vemos inmersos en el juego de la hibridación todo el tiempo, con todas sus consecuencias psicológicas y sociales. O, más bien, McLuhan parece indicar que somos estos seres traumatados en la medida en que no tomamos conciencia o caemos en cuenta de que estamos así inmersos: la posibilidad de reconocernos como individuos sobre los cuales se ejercen todas estas fuerzas mediáticas abrirá la posibilidad (como espero que veamos más claramente al explorar el rol del arte y del artista) a que diseñemos e implementemos los mecanismos de compensación que, cuando menos, reduzcan el trauma de las amputaciones.

Arte e inmunización

Dado que el cambio mediático es un proceso traumático, y siguiendo la línea del determinismo tecnológico que asume McLuhan, pareciera que nos deja, en realidad, muy poco espacio para defendernos de las amputaciones que ejercen las nuevas tecnologías sobre nuestros sentidos. Más aún porque nuestra reacción natural frente a estas transformaciones es la del entumecimiento: McLuhan describe un instinto narcisista, según el cual al vernos reflejados en nuestras nuevas extensiones, no nos damos cuenta del trauma y de las heridas que nos ha causado el proceso de cambio hasta que ya es muy tarde. El problema de no darnos cuenta de las amputaciones hasta que ya es muy tarde es que, por eso mismo, no conseguimos ser conscientes ni anticiparnos a las transformaciones culturales de los nuevos medios, ni mucho menos a preguntarnos si realmente queremos ir en esa dirección, o no.

Los nuevos medios y tecnologías con los que nos amplificamos y extendemos constituyen una inmensa operación quirúrgica practicada

en el cuerpo social con absoluto desprecio de los antisépticos. Si dicha operación es necesaria, debe considerarse la inevitabilidad de infectar todo el organismo en su transcurso. Al operar una sociedad con una tecnología nueva, no es el área de la incisión la más afectada. La zona del impacto y de la incisión es insensible. Es el organismo entero el que ha cambiado. El efecto de la radio es visual y el de la fotografía es acústico. Cada nuevo impacto modifica las proporciones entre los sentidos. Lo que buscamos ahora es o bien una forma de controlar las fluctuaciones de las proporciones sensoriales de la perspectiva psíquica y social o una manera de evitarlas del todo. Padecer una enfermedad sin presentar sus síntomas equivale a estar inmune. Ninguna sociedad consiguió saber lo bastante acerca de sus acciones como para desarrollar inmunidad a sus nuevas extensiones o tecnologías. Ahora hemos empezado a sentir que el arte bien podría proporcionar dicha inmunidad. (McLuhan, 2009, p. 93)

En este pasaje del capítulo 7 de *Comprender los medios de comunicación*, McLuhan recoge una idea que insinúa desde los capítulos anteriores, respecto al papel que cumple el arte y el artista en la configuración mediática y frente a la aparición de nuevos medios y tecnologías. Esto es especialmente relevante (1) a la manera como he intentado caracterizar todo medio como una forma de gramática, y (2) a la manera como he descrito la interacción entre medios, el proceso de hibridación, como una suerte de negociación lingüística o gramatical, donde el significado del nuevo medio se articula a partir del significado de los medios previos.

McLuhan está aquí interesado en la manera como el arte puede servir como puente en esta transición. Describe las obras de arte como “arcas de Noé” que, de alguna manera, son capaces de anticipar los efectos e impactos de un nuevo medio sobre nuestra sensibilidad, y por medio de esta anticipación preparar a nuestro sistema nervioso para lo que vendrá. La propuesta de McLuhan parece ser que, si somos lo suficientemente capaces de identificar en las propuestas artísticas los cambios que los nuevos medios ejercerán

sobre nuestro cuerpo social, podemos prepararnos para reducir lo traumático de las amputaciones que casi por necesidad serán ejercidas – finalmente, recuerden que McLuhan habla desde el determinismo tecnológico. No podemos detener el asteroide que sabemos se estrellará contra nosotros, pero tenemos suficiente alarma como para construir un refugio y almacenar alimentos.

Sin embargo, el tipo de arte y artista del que habla McLuhan es sumamente singular. Pues se trata de obras de arte que no pueden realmente *pretender* mostrarnos los cambios que se avecinan – pues en la medida en que se formulan desde una cierta gramática, no pueden intencionalmente mostrarnos lo que ocurre en otra, inexistente. Pueden pensar aquí si quieren en el teorema de la incompleción de Gödel que muestra la necesidad de salir de un sistema simbólico para poder darle consistencia al sistema simbólico del cual salimos; o pueden también pensar en la distinción que hace Wittgenstein entre “decir” y “mostrar”. Dadas las posibilidades de un lenguaje (una gramática, un medio, una tecnología) solamente podemos “decir” cosas desde dentro de esas posibilidades; no podemos “decir” cómo salir de esas posibilidades, pero sí podemos “mostrarlo”, podemos insinuarlo a partir de los elementos existentes.

El arte que nos brinda inmunidad es, entonces, el arte que dice lo que no se puede decir no porque sea algo fuera de este mundo, sino simplemente porque una gramática en cuestión intenta decir algo propio de otra gramática (una descripción que de nuevo nos remite al proceso de hibridación). El arte que nos brinda esta experiencia tiene aquí un eco importante del *aura* de la que hablaba Walter Benjamin en su famoso ensayo sobre *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica*. Benjamin describe el *aura* en estos términos:

Conviene ilustrar el concepto de *aura*, que más arriba hemos propuesto para temas históricos, en el concepto de un *aura* de objetos naturales. Definiremos esta última como la manifestación irrepetible de

una lejanía (por cercana que pueda estar). Descansar en un atardecer de verano y seguir con la mirada una cordillera en el horizonte o una rama que arroja su sombra sobre el que reposa, eso es aspirar el aura de esas montañas, de esa rama. De la mano de esta descripción es fácil hacer una cala en los condicionamientos sociales del actual desmoronamiento del aura. (Benjamin, 1989, p. 4)³

El aura es aquella experiencia estética única e irrepetible que tiene el espectador en la presencia del arte, digamos, inmortal. Benjamin consideraba que la reproducibilidad técnica del arte (por ejemplo, en la fotografía, o en el cine) eliminaba el aquí y ahora de la contemplación del arte: cuando puedo ver el arte en cualquier momento, en cualquier lugar, elimino esa aura mística que rodea a la obra y la privo de su capacidad de brindar experiencias estéticas. Al menos, según Benjamin. McLuhan nunca habla del aura, ni hace referencia a Benjamin. Pero el arte del cual habla ejerce una función similar, aunque en un sentido más preciso, y más acorde a la reproducibilidad técnica: el arte que nos brinda inmunidad es el arte que nos ofrece un nuevo mundo posible. Nos brinda la microexperiencia de la reconfiguración sensorial, propia de las nuevas tecnologías. Es así de fuerte porque es el arte que introduce la posibilidad de un nuevo medio, y en consecuencia, de una nueva gramática con su propia relación con nuestros sentidos y con la realidad. La reacción del espectador frente a esta forma de arte es la de sentir, si quieren, el aura, o de sentir el choque traumático del reacomodo de sus sentidos para adaptarse a la experiencia estética que no es plenamente abarcable.

Los artistas entonces tienen la posibilidad de imaginarse mundos posibles y ofrecernos esas posibles experiencias, como anticipos y como preparaciones de lo que puede estar viniendo hacia nosotros en el futuro. El arte que nos inmuniza es, para McLuhan, un experimento con el uso del lenguaje, para

³ Una versión electrónica de la traducción de la editorial Taurus de este texto se encuentra en: <http://diegolevis.com.ar/secciones/Infoteca/benjamin.pdf>. La referencia al número de página es a este documento electrónico.

intentar decir cosas desconocidas a partir de cosas conocidas. Esta forma de inmunización, y de sistema de alerta, será especialmente relevante cuando vuelva sobre la manera como nuestra cultura se está viendo transformada y sus principios subyacentes transmutados, lo cual plantea un desafío ante el cual tenemos que responder.

La aldea global

Se suele atribuir a Marshall McLuhan el haber acuñado la expresión “la aldea global”⁴, en referencia a la manera como nuevas tecnologías de la comunicación transforman nuestra idea de distancia y nuestra relación con lugares y sociedades lejanas del mundo. El término se ha vuelto sumamente popular en todo tipo de literatura y es, muy probablemente, entendido usualmente en una interpretación mucho más simple que aquella de su contexto original. El tema de la aldea global está vinculado con los efectos que nuevas tecnologías, sobre todo tecnologías electrónicas, están ejerciendo sobre una cultura estructurada en torno a la alfabetización. Así la describe en un pasaje de *Comprender los medios de comunicación*:

Una vez más, es la velocidad eléctrica la que ha revelado las líneas de fuerza que, desde la tecnología occidental, operan incluso en las

⁴ McLuhan, Eric, “The source of the term, “Global Village””, en *McLuhan Studies*, vol. 1 nro. 2: http://projects.chass.utoronto.ca/mcluhan-studies/v1_iss2/1_2art2.htm.

zonas más remotas de la sabana y del desierto. Un ejemplo de ello es el beduino montado en camello escuchando la radio. Sumergir a los nativos bajo diluvios de conceptos para los que no han sido preparados es el efecto acostumbrado de toda nuestra tecnología. Pero, con los medios eléctricos, el occidental también experimenta los mismo diluvios que el remoto nativo. En nuestro entorno alfabetizado, no estamos más preparados para encontrarnos con la radio y la televisión que el nativo de Ghana para vérselas con la lectura, que lo saca de su mundo tribal colectivo y lo deja varado en el aislamiento individual. Estamos tan desamparados ante el nuevo mundo eléctrico como el nativo involucrado en nuestra cultura alfabetizada y mecánica. (McLuhan, 2009, p. 40)

La aldea global es consecuencia, entonces, de la inmediatez introducida por los medios electrónicos. Estos medios están rompiendo con el paradigma de la cultura alfabetizada de diferentes maneras, pues introducen un movimiento o una fuerza que opera en dirección contraria o compensatoria a los efectos de la alfabetización: si la cultura alfabetizada significó la introducción de la homogeneidad y la uniformización, la posibilidad de masificar una misma forma de cultura más o menos homogénea (recordemos, por ejemplo, la manera como McLuhan considera a la imprenta como la “arquitecta del nacionalismo”), significó al mismo tiempo la ruptura de los individuos con sus vínculos culturales inmediatos y locales. La cultura alfabetizada significó un movimiento cultural de *destrribalización*, a medida que surgía en la Modernidad el ideal del individuo autónomo, que no necesita ni debe remitirse a las tradiciones o a su entorno para tomar sus propias decisiones. La destrribalización es el movimiento cultural de la Modernidad, y es al mismo tiempo la operación cultural de la extensión mecánica de los efectos de la cultura alfabetizada.

En cambio, los medios electrónicos al incrementar la simultaneidad de todo lo que ocurre, se construyen más bien sobre el principio de la automatización, no del mecanicismo. La paradoja de lo electrónico es que al conectarnos con

todos, termina por resaltar más bien el valor de los mismos vínculos locales que habían sido oscurecidos – en otras palabras, frente al movimiento homogenizante de la globalización, de la destribalización, nuestra reacción natural es la de articularnos en comunidades desde las cuales podamos construir significados comunes. A la destribalización se opone un movimiento de retribalización que es hecho posible por los medios electrónicos. Es el contexto en el cual, frente a identidades homogéneas globalizadas, se reivindican más bien identidades particulares, que están mucho más cargadas de significados relevantes personalmente para cada uno de nosotros. Es, en cierta manera, una forma de no diluirnos en la masa homogénea de la globalización, que es hecha posible por el cambio tecnológico.

La cultura de los medios electrónicos se construye sobre el principio de la automatización; es decir, abandona la idea mecanicista del progreso, la idea de que hay un solo camino tecnológico (y por extensión, cultural) para el desarrollo de diferentes sociedades. Siguiendo la interpretación mcluhaniana del principio de automatización, en cambio, la dinámica cultural refleja más bien una multiplicidad de nodos interconectados que intercambian formas culturales – una multiplicidad de tribus, si se quiere, que a su vez en su conjunto forman la idea de la aldea global. No es solamente una idea de cosmopolitismo, en el sentido en que uno pasa a ser “ciudadano del mundo” y se comporta de la misma manera aquí o en la China -lo cual sería justamente una idea propia del mecanicismo- sino que uno como miembro de la aldea global participa de ella, más bien, a través de una multiplicidad de aldeas locales dentro de las cuales construimos colectivamente significados. Así como el medio es el mensaje, participar de diferentes aldeas, o de diferentes tribus, comporta diferentes interpretaciones o gramáticas sobre nuestra relación con el mundo.

Esta no es, por supuesto, como la historia nos ha mostrado, una relación sencilla ni desprovista de problemas prácticos significativos. Pues inevitablemente existe una tensión entre el proceso de destribalización y las

respuestas de retribalización que se vuelven posibles. Uno de los lugares donde esta tensión se hace evidente es, por ejemplo, en el conflicto entre ideales de modernidad y progreso frente a los valores de comunidades tradicionales. Esto se ha visto reflejado, por ejemplo, en la discusión en torno al significado de los Derechos Humanos. En su artículo “Los derechos humanos en un contexto intercultural”, Miguel Giusti habla de la misma tensión en estos términos:

el interculturalismo es un signo de los tiempos, una suerte de nuevo fantasma que recorre el mundo y que lo recorre en un sentido exactamente inverso al llamado proceso de globalización, que se caracteriza por ser precisamente un proceso culturalmente uniformizante. “Las tribus han regresado” (“the tribes have returned”), como dice Michael Walzer. Han regresado en el Este, han regresado en el mundo árabe y en el mundo asiático, pero han regresado también a su manera, o han resurgido, en el interior del mundo occidental mismo por la presencia en él de viejas y de nuevas formas de identidad cultural que reclaman su derecho a existir con autonomía. El tribalismo y la globalización parecen ser dos fenómenos contrapuestos que imprimen su sello a la situación en que se encuentra la cultura mundial a fines del milenio. (Giusti, 1999, p. 1)⁵

La cuestión, si apelamos a McLuhan, puede explicarse también en función a principios articuladores como el mecanicismo y la automatización. La posición globalizante es mecanicista porque asume que hay un curso lineal para el desenvolvimiento de los acontecimientos, donde los momentos posteriores son siempre mejores a los momentos anteriores. La aparición de los Derechos Humanos es vista bajo la misma luz, pero deja de tomar en consideración la complejidad conceptual y semántica detrás de lo que se piensa a sí mismo como un mecanismo formal. En términos mcluhanianos, la

⁵ El artículo original se encuentra en el libro de Giusti, *Alas y raíces*, referido en la bibliografía. Sin embargo, existe una versión electrónica disponible de este texto, en: http://www.aulaintercultural.org/IMG/pdf/Miguel_Giusti.pdf. La referencia al número de página corresponde a esta versión.

visión mecanicista nos lleva a enfocarnos en el *contenido*, en este caso, de los Derechos Humanos, pero es incapaz de enfocarse en los efectos sociales y culturales que son necesariamente implicados, pero se vuelven invisibles. En palabras de Giusti:

A lo que esta crítica se refiere es a que los derechos humanos no se venden solos. Vienen acompañados de muchas cosas más. El derecho a la libertad individual viene con la ley del mercado. El derecho a la libertad de expresión viene con el derecho a la propiedad privada de los medios de comunicación. El derecho al trabajo con el derecho a la acumulación de capital. El derecho a la libertad de conciencia con la ruptura de la solidaridad social. Los derechos humanos son, para decirlo en palabras de Michael Walzer, un maximalismo moral disfrazado de minimalismo, es decir, son sólo en apariencia un código mínimo de principios morales, porque a través de ellos se expresa, implícitamente, una cosmovisión bastante más amplia y bastante más densa de valores de la cultura liberal. (Giusti, 1999, p. 4)

Bajo el principio de la automatización, en cambio, no es posible comprender que los efectos de un medio, como pueden ser los Derechos Humanos también, va más allá de su contenido e incluye toda una gramática que acompaña y da sentido al soporte. Frente al mundo centralizado de la cultura alfabetizada y su concepción mecanicista y lineal de los medios y la tecnología, la velocidad eléctrica permite la constitución de la aldea global, una red donde cualquiera de sus nodos puede potencialmente convertirse en un centro. McLuhan habla así de la aldea global:

A medida que empezamos a reaccionar en profundidad a la vida social ya los problemas de la aldea global, nos volvemos reaccionarios. La implicación que acompaña nuestras tecnologías instantáneas convierte al más "socialmente concienciado" en conservador. (...)

El aumento de la velocidad desde lo mecánico hasta la forma eléctrica instantánea invierte la explosión en implosión. En la actual edad

eléctrica, las energías en implosión, o contracción, de nuestro mundo chocan con los antiguos patrones de organización, expansionistas y tradicionales. Hasta hace poco, nuestras instituciones y convenios sociales, políticos y económicos compartían un patrón unidireccional. (...)

La electricidad no centraliza sino que descentraliza. Es como la diferencia entre los ferrocarriles y una red de suministro eléctrico: los primeros necesitan estaciones y grandes centros urbanos. La energía eléctrica, disponible tanto en la granja como en el despacho de dirección, permite que cualquier lugar sea un centro y no requiere grandes agregados. (McLuhan, 2009, pp. 60-62)

Los movimientos culturales de destribalización y retribalización, junto con los principios de mecanicismo y automatización sobre los que se construyen, están quizás entre las categorías más interesantes y relevantes dentro del aparato conceptual de McLuhan. Cuando se desentraña la complejidad que encierran estas categorías es que se puede poner más en su contexto la noción de la “aldea global”, que no es sino una extensión o una ilustración de la idea de que el medio es el mensaje. Porque, finalmente, el cambio hacia una aldea global es el efecto de la tecnología eléctrica que modifica nuestra relación de escala y tiempo frente a los demás puntos del globo, lo cual no solamente amplifica nuestra capacidad comunicativa, sino que transforma nuestros patrones de conducta al empujarnos a tomar refugio en nuestras asociaciones locales, a buscar significados a las cosas dentro de “tribus”.

El desafío cultural

Quiero cerrar esta serie preguntando por qué todo esto es relevante. ¿Por qué le interesa a McLuhan presentar la idea de que el medio es el mensaje? ¿Por qué es pertinente e importante que interpretemos los medios y la tecnología de una manera diferente a como lo hemos venido haciendo?

La razón es al mismo tiempo la misma que hace siquiera *posible* que nos podamos dar cuenta de que hay una alternativa de interpretación a nuestro alcance. Tiene que ver con la aparición de la tecnología electrónica: por su velocidad, por su inmediatez, la luz eléctrica como tecnología hace posible la organización de nuestros patrones de conducta en función a nuevos principios. La velocidad del cambio en la era electrónica es tal, que hace posible que cualquier individuo en el transcurso de su vida experimente toda una serie de experiencias mediáticas diferentes, y tenga la posibilidad de contrastarlas y compararlas de una manera que antes no era igualmente posible. Nos hemos vuelto, si quieren, seres multimediáticos.

Ese cambio que hace posible que caigamos en cuenta de que “el medio es el

mensaje” es la misma razón por la que es necesario cambiar nuestra comprensión respecto a lo que los medios y las tecnologías nos hacen, y cómo lo hacen. Porque la configuración social y psicológica de la era electrónica es radicalmente diferente a la del hombre tipográfico, y en consecuencia, McLuhan empieza a vaticinar y adelantar una serie de profundos cambios sociales que inevitablemente serán traumáticos para nuestras culturas. La posibilidad de cambiar nuestro enfoque para el estudio de los medios no quiere decir que podamos volvernos inmunes a estos cambios, ni detenerlos tampoco. Pero sí hace posible que podamos adelantarnos a muchos de ellos, y buscar la manera de preservar ciertos patrones de conducta de nuestra cultura mediática existente, al mismo tiempo que nos preparamos para el trauma que significará el cambio cultural de la era electrónica. Si estos cambios son inevitables, entonces lo mejor que podemos hacer es prepararnos para recibirlos de la mejor manera posible.

Esta anticipación es comparada con la manera como la cultura medieval se enfrentó a la tecnología de la imprenta haciéndola ingenuamente a un lado, y como, en consecuencia, la cultura medieval se vio arrasada por la cultura tipográfica.

Si persistimos en enfocar convencionalmente estos desarrollos, nuestra cultura tradicional será barrida como lo fue la escolástica en el siglo XVI. Si los escolásticos, con su compleja cultura oral, hubiesen comprendido la tecnología de Gutenberg, habrían creado una nueva síntesis de la educación oral y escrita en lugar de desaparecer del mapa y de dejar que la página meramente visual asumiera la dirección de la empresa didáctica. Los orales escolásticos no recogieron el nuevo reto visual de la imprenta, por lo cual la explosión, o expansión, resultante de la tecnología de Gutenberg supuso, en muchos aspectos un empobrecimiento de la cultura. (McLuhan, 2009, p. 100)

El desafío de la tecnología electrónica es precisamente el que hemos visto desenvolverse en los últimos años y que McLuhan no alcanzó a ver más que

en sus primeros atisbos. Incluyen, para él, las radicales transformaciones en las maneras como nos organizamos económicamente para la producción, y como nos organizamos socialmente para la distribución y creación del conocimiento a través de nuestras instituciones y procesos educativos. Esto ha significado para nosotros, en las últimas décadas, contemplar la manera como la vieja economía industrial y sus actores ven sus modelos transformados⁶ por las posibilidades brindadas por la economía del conocimiento, o la manera como la función y el significado de instituciones educativas se ve cuestionado cuando el acceso a la información se vuelve una cuestión trivial (cuando la información se vuelve un *commodity*).

Todo esto se manifiesta sorprendentemente en la misma línea del cambio que McLuhan anunciaba, pasando de un principio mecanicista para la organización social (asociado a una cultura construida sobre la base de la linealidad del alfabeto y la producción mecánica de la imprenta) hacia un principio de automatización de nuestros patrones de conducta (a partir de la introducción de la tecnología electrónica que regresa patrones más propios de una cultura oral, acostumbrada a la simultaneidad del sonido). La nueva tecnología permite automatizar una serie de procesos mecánicos, de modo que nuestra intervención en ellos ya no se vuelve necesaria. La amputación de esto para la producción es, como señala el mismo McLuhan, que se pierden empleos. Pero la extensión es que se gana la posibilidad de redistribuir nuestro tiempo hacia actividades que resultan mucho más gratificantes y que involucren más a sus participantes, que el hecho de formar parte de una línea de producción.

Prepararse para estos cambios implica reconsiderar nuestro sistema educativo para que él mismo no sea, también, un producto del mecanicismo en la cultura. El mismo McLuhan señala:

Cuando la tecnología de una época empuja muy fuerte en una dirección,

⁶ Hay un artículo en mi blog con más detalle sobre esto, en <http://www.mutaciones.pe/2010/02/10/la-nueva-revolucion-industrial/>

la sabiduría bien puede pedir un empuje compensador. No puede acogerse la implosión de energía eléctrica del presente siglo con una explosión, o expansión, pero sí con la descentralización y flexibilidad de múltiples centros pequeños. Por ejemplo, la afluencia masiva de estudiantes en las universidades no es una explosión sino una implosión. Y la estrategia necesaria para recibir esta fuerza no es ampliar la universidad, sino crear numerosos grupos de facultades autónomas en lugar de la planta universitaria centralizada que se desarrolló según las líneas de los gobiernos europeos y de la industria del siglo XIX. (McLuhan, 2009, pp. 99-100)

Es por esto mismo que resulta sorprendente la manera como McLuhan es capaz de anticiparse a toda una serie de cambios sociales que difícilmente podían imaginarse en su época. La manera como habla de la reconfiguración de la educación superior es un reflejo claro del cambio de una topología cultural centralizada a una topología descentralizada o distribuida – un ordenamiento en el cual los nodos participantes no dependen, estricta, unilíneamente, de un sólo centro, sino que son capaces de construir relaciones bidireccionales y retroalimentarse entre sí. La topología cultural distribuida es precisamente la manera de organización que se hace posible con la aparición de Internet muchos años después de que McLuhan escribiera esto en los años sesenta.

Aún así, a pesar de lo fascinante e, incluso, imprescindible que puede ser la obra de McLuhan para entender el impacto social del cambio tecnológico, es una obra que debe abordarse con cuidado y siempre de manera muy crítica. No solamente por tratarse de un pensador muchas veces confuso o con ideas crípticas y oscuras -algo que no necesariamente tiene por qué ser algo malo- sino porque también hay complejidades problemáticas dentro de su estructura conceptual. Esto puede encontrarse, por ejemplo, en su concepción determinista de la tecnología, que deja un espacio ambiguo para la participación activa de los grupos sociales en la construcción del significado de los medios y la tecnología.

El problema del determinismo también plantea la complejidad respecto a qué tipo de valoración podemos realizar de este proceso de cambio. Si la transformación está determinada por la tecnología misma, y termina siendo más o menos inevitable, ¿es algo que podamos juzgar de bueno o malo? ¿Qué posibilidad real tenemos de evaluar qué es una amputación, y qué una extensión? Y si esto es posible, ¿qué significado real tiene para nosotros? Si el medio es el mensaje, entonces el futuro más allá del cambio mediático nos es completamente inaccesible: más allá de la singularidad tecnológica⁷, somos incapaces de juzgar efectivamente nada como bueno o malo (al menos, incapaces de hacerlo con alguna legitimidad).

Finalmente, existe también un problema del potencial conservadurismo que atraviesa el pensamiento mcluhaniano (asumiendo que a uno, como a mí, tal conservadurismo le resulte un problema). Aunque en muchos sentidos es profundamente radical, innovador y sumamente prometedor, muchas de sus ideas también pueden entenderse desde un punto de vista radicalmente conservador. Especialmente en lo referido al desafío cultural de la tecnología electrónica, McLuhan está en gran medida ofreciendo un plan de batalla o de acción para asegurarnos que somos capaces de preservar nuestra cultura tradicional frente a los efectos de las nuevas tecnologías. Hay un subtexto, a veces difícil de percibir, en el cual tenemos que armarnos de las herramientas para la resistencia, que muchas veces significan, además, recuperar prácticas culturales propias de la oralidad y del medioevo como parte del efecto de la tecnología electrónica – precisamente aquella cultura escolástica que McLuhan afirma como barrida por la cultura tipográfica. La idea de la retribalización de la cultura, y de la manera como culturalmente nos reforzamos en relaciones locales para poder construir significados compartidos en contraposición al mecanicismo de la destribalización es también uno de los lugares donde uno puede fácilmente identificar subtextos conservadores en el pensamiento mcluhaniano.

Todo lo cual es testimonio, por supuesto, de la enorme complejidad de sus

⁷ http://es.wikipedia.org/wiki/Singularidad_tecnol%C3%B3gica

ideas. Estos problemas, así como las ideas de las que surgen, me parece que ameritan aún mucha consideración y mucha discusión, pues tan sólo ahora empezamos a ver sus implicaciones e instanciaciones reales. Por lo pronto, espero poder haber ayudado al esclarecimiento de algunos conceptos en la obra de McLuhan, y creo pertinente explicitar algo obvio, y es que éstas son mis propias interpretaciones: no pretendo de ninguna manera decir que esto es lo que McLuhan *efectivamente* dijo, ni nada por el estilo. Es en esta dirección en la que las ideas de McLuhan me parecen valiosas, interesantes y relevantes para ayudarnos a hacernos una imagen más clara de cómo funciona nuestra cultura hoy. Y es desde ese punto de vista que he querido hacer aquí esta relectura que, por supuesto, no es la primera ni será la última.

Bibliografía

McLuhan, M. (2009). *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Jenkins, H. (2006). *Convergence Culture: Where Old and New Media Collide*. New York: New York University Press.

Benjamin, W. (1989). *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica*. Extraído en febrero 2011, de <http://diegolevis.com.ar/secciones/Infoteca/benjamin.pdf>

Giusti, M. (1999). Los derechos humanos en un contexto intercultural. En M. Giusti, *Alas y raíces: ensayos sobre ética y modernidad*. Lima: PUCP.

Changelog

1.0 -- 15/3/2011

Primera versión del texto. Compilada a partir de artículos publicados originalmente en el blog Mutaciones (<http://www.mutaciones.pe>) entre el 1/3/2010 y el 15/3/2010. Texto revisado, editado y formateado; modificadas las referencias al texto de McLuhan a la edición en español, y corregida y agregada la información bibliográfica.